José Joaquin Brunner, profesor emérito

Carlos Peña

La obra intelectual del profesor José Joaquín Brunner, a quien en esta ocasión la Universidad Diego Portales confiere la distinción de profesor emérito, posee una importancia que es difícil de exagerar, como lo prueba el hecho que cualquiera que desee adentrarse en los orígenes de la sociología en Chile, como una disciplina autónoma; enterarse de los debates sobre educación acaecidos en los últimos años; o asomarse a la fisonomía de nuestra cultura --sin contar claro los avatares de la vida pública y política-- debe contar, y aprestarse a leer, los cientos, sino miles de páginas suyas contenidas en artículos, columnas, ensayos, informes y libros que él -casi con la frecuencia y la naturalidad con que los demás respiramos- ha escrito y publicado.

En él se reúnen, de una manera notable y excepcional, la vocación intelectual, y la vocación política, la teórica y la práctica, las dos esferas del quehacer humano que ocuparon las famosas conferencias que Max Weber dictó hace más de cien años. Hay en el caso del profesor Brunner la necesidad, que es casi una pulsión, por comprender el entorno, y a la vez la disposición de configurarlo para así no inclinarnos simplemente ante él. Vocación intelectual y a la vez ciudadana y el permanente esfuerzo por estar a la altura de ambas, así puede resumirse me parece a mí la trayectoria vital e intelectual del profesor Brunner, una trayectoria que ha despertado la admiración casi unánime del medio intelectual, una admiración pura y simple en la mayor parte de los casos, y en otras esa forma torcida de la admiración que es la amargura que a veces despierta el talento ajeno.

¿Cómo resumir la obra del profesor Brunner sin extraviarse en los cientos y, como digo acaso miles de páginas que hasta ahora ha escrito y sin detenerse en las polémicas en las que ha participado? ¿Hay algún hilo conductor que nos permita orientarnos en ese verdadero bosque de páginas?

El profesor Brunner comenzó haciendo estudios de derecho en lo que hoy es la Pontificia Universidad Católica. El dato no es puramente biográfico como alguien desprevenido pudiera creer, sino que permite vincularlo a la mejor tradición sociológica. Como todos saben, lo que pudiéramos llamar sociología clásica, son la sola excepción de Comte que fue ingeniero de profesión, se cultivó en sus orígenes atada muy de cerca a la disciplina jurídica: ese fue el caso de Durkheim, cuya magnífica División del trabajo social fue su tesis doctoral en derecho, y luego el de Weber cuya tesis sobre organizaciones medievales fue también una de derecho, para no citar el caso de H. Maine con sus estudios sobre historia legal. Por eso es probable que la inclinación inicial de Brunner por el derecho no haya sido solo el resultado de una obediencia filial, su padre como sabemos fue un eximio jurista, sino también el comienzo inconsciente de lo que sería su carrera en el ámbito de las ciencias sociales, así ocurrió también, vale la pena recordarlo, a otros nombres que están en el origen universitario de la sociología en Chile.

Inmerso en esa disciplina, que hacia fines de los sesenta recién comenzaba a poseer entre nosotros estatura de disciplina universitaria, la preocupación de José Joaquín Brunner se encaminó hacia tres preguntas que están aún hoy en el centro de las preocupaciones de quienes se dedican a ella: el lugar de la cultura en la conformación del sujeto; el análisis de las instituciones por lo que esta última circula formal e informalmente; y la índole de la modernidad. Me parece que todas las disputas, controversias y análisis en las que el profesor Brunner ha participado, remiten a algunos de esos tres grandes problemas en cuyo derredor se organiza, hasta hoy, el quehacer de las ciencias sociales y más específicamente de la sociología.

Basta dar un rápido vistazo a algunas de sus obras -solo algunas, puesto que para revisarlas todas y estar a la altura de lo que en ellas se expone se requeriría un seminario- para advertir la forma en que esas preocupaciones se entrelazan.

En su libro *Los intelectuales y las instituciones de la cultura*, que publicó el año 1983 en co-autoría con Angel Flisfisch, un autor que también formó parte de nuestra universidad, llamó la atención acerca del hecho que la sociedad contemporánea es una formación altamente discursiva y racionalizada, de manera que en ella los intelectuales tienen hoy día la eficacia que en el pasado poseyeron los chamanes y los brujos . Los intelectuales, explica allí, configuran la autoconciencia de la sociedad y los límites de valor que la configuran -en una palabra, la realidad posible en medio de la que se desenvuelven- y por eso estudiarlos, saber cómo se forman, cuál es el ethos que les permite reconocerse entre sí, y qué papel cumplen en las diversas constelaciones de la vida social, es una de las cuestiones fundamentales de las que ha de ocuparse la ciencia social. Esa convicción es quizá la que explica que apenas dos años después de esa obra, publicara *Cinco estudios sobre cultura y sociedad*, esta vez con Carlos Catalán, donde abandona la perspectiva puramente conceptual para examinar cómo se ha constituido parte de la cultura chilena desde el diecinueve al veinte, examinando, con evidente influencia de Bourdieu, las transformaciones del campo literario; el papel que cupo a la revista Estudios en el lapso que media entre 1933 y 1938, que son los años de la formación del estado de compromiso; la reforma de la universidad católica y las reverberaciones que ella provocó en la cultura chilena; y la forma en que la cultura escolar promovida hacia fines de la dictadura estaba permeada por la cultura autoritaria de entonces. Esas dos obras están empapadas de la noción de hegemonía de Gramsci como uno de los conceptos en cuyo derredor se organiza la exposición del material que se reúne, lo que prueba que el prof. Brunner no se apega en esas obras a la mera facticidad, puesto que sabe que ella es muda si no se la interroga desde un concepto que permita constituir problemas en esa zona que Kant, hacia la tercera parte de la primera crítica, describe en una magnífica metáfora como aquellas brumas que rodean la isla de la verdad.

Relacionadas con esas preocupaciones, y en la misma línea de su proyecto intelectual, cabe citar un conjunto de trabajos sobre lo que, en un sentido amplio, podríamos llamar medios de comunicación.

La sociedad moderna, como ustedes saben, se configura por la suma entrelazada de estado nacional, mercado capitalista y mediatización de la cultura, desde el libro a las redes, pasando claro que sí, por la televisión, hasta transformar la organización industrial en su medio específico cuando de la cultura de masas se trata. Todo eso ha sido objeto de la investigación y el trabajo ensayístico del profesor Brunner en obras como Televisión. *Libertad, mercado y moral*, donde examina la centralidad de la televisión y la forma en que ella configura ese bazar psicodélico en que a veces amenaza convertirse el espacio público, como Daniel Bell llamó a la cultura seducida por la pantalla que parece banalizar y a la vez sacralizarlo todo. Y en esta misma línea cabría situar sus múltiples trabajos y monografías sobre el sistema educativo y los circuitos en que se forman las élites, puesto que la preocupación de José Joaquín Brunner por la educación no es solo la que es de esperar del profesor universitario o el pedagogo, eso que hoy se llama el experto educacional -en lo que a veces periodistas poco enterados lo encasillan- sino la del sociólogo interesado en dilucidar la forma en que las instituciones educativas reproducen la sociedad de la que forman parte, mediante un complejo intercambio de discursos y formas simbólicas que incorporan a algunos y excluyen a otros. Por eso, y como acabo de decir, hay algo incorrecto me parece a mí, cuando se leen los trabajos del profesor Brunner en el campo educativo como si fuere el fruto de un educador o de un intelectual asistencialista y benefactor, o de un filántropo, en el sentido ilustrado y paternalista de la palabra, cuando bien mirados esos trabajos suyos son las investigaciones y la aproximación crítica de quien sabe que la ilustración escolar y universitaria, cuando se la aprecia desde el punto de vista sociológico, es también una compleja trama que atada a las clases sociales, reproduce y selecciona a las élites, separando desde el aula y desde temprano, quien se situará por arriba y quién por debajo en la escalera invisible del prestigio y del poder.

En fin, sus investigaciones sobre el papel de los intelectuales y las diversas formas de mediatización de la cultura están, a fin de cuentas, inspiradas en lo que es la preocupación final de la sociología como disciplina, a saber, la índole específica de la modernidad. Tanto en *Cartografías de la modernidad*, un ensayo de 1994, como especialmente en *América Latina: cultura y modernidad*, un texto de 1992, el profesor Brunner se ha ocupado de las múltiples racionalidades que entrecruzan el ethos de America Latina. En esas obras se encuentra, resumiendo el sentido que posee su punto de vista, el feliz uso que el profesor Brunner hace del estadio del espejo de Lacan. Este autor, como ustedes recuerdan, sugiere que la propia individualidad se comienza a forjar cuando el animal humano se reconoce en el espejo y comienza a comprender que ese cuerpo que el vidrio le devuelve, es suyo. Lo que ocurre a los individuos, sugiere Brunner, ocurre también a las sociedades, solo que en el caso de estas últimas ese espejo es la cultura: ese ámbito inmaterial donde junto con refractar valores e intereses que orientan la existencia, resplandecen y destellan múltiples racionalidades, algunas dominantes y otras que pugnan por salir de su condición subordinada o subterránea, de manera que la cultura, especialmente la de América latina, sería un espejo trizado; pero trizado y todo, incluso cuando la cultura nos devuelve nuestra imagen a retazos contradictorios, las sociedades solo existen si son capaces de apartar la mirada del espejo para mirarse a contraluz desde el futuro, reconstruyendo así una imagen que de otra forma los desmembraría en otras múltiples imágenes contradictorias.

Alcanzar esa actitud de mirarse a contraluz en el espejo, buscando una forma de recomponer sus trizaduras y sus heridas, es desde luego el quehacer de la política de la que el profesor Brunner ha sido un partícipe; pero también la tarea de la sociología que así, desde siempre, está comprometida, y la obra del profesor Brunner es la mejor muestra de ello, con la ilustración.

En efecto, como sugirió en uno de sus tempranos trabajos Niklas Luhmann, la sociología refuta la ilustración y, al mismo tiempo, la hace posible. La refuta porque los dos supuestos sobre los que ese erigía como formación histórica --la existencia de una razón uniforme en los seres humanos y la posibilidad de, a su luz, forjar la vida social-- serían desmentidos por la sociología la que mostraría que el sentido que los actores asignan a sus acciones no se corresponde con lo que objetivamente son; pero a la vez la sociología hace posible un nuevo tipo de ilustración que muestra de qué forma la vida social descansa sobre una legalidad inmanente: la reducción de complejidad que selecciona los estímulos externos y produce diferenciación en un juego sinfín que no admite se le sistematice o se le ordene teleológicamente, sino apenas se le cartografíe o se le describa que es, me parece a mí, lo que el profesor Brunner ha venido haciendo desde que muy temprano, desde esos lejanos años de la reforma universitaria, cuando empinándose apenas sobre los veinte años, comenzó a forjar la que sería una reflexión que ha durado más de cincuenta , una reflexión de la que la Universidad Diego Portales, sus académicos y si estudiantes se han beneficiado, y que hoy día, en esta sencilla ceremonia en la que se le instituye como emérito de la universidad, celebramos. Y al hacerlo, a través suyo celebramos también a las ciencias sociales que desde su orígenes han sido uno de los quehaceres fundamentales de nuestra universidad. Gracias a ellas, y sus cultores como el profesor Brunner, la sociedad se vuelve un momento sobre sí, medita sobre sí misma, y de esa forma y a través suyo todos los actores pueden saber un poco mejor qué son y qué hacen.

No queda entonces más que agradecer al profesor Brunner haber decidido un día formar parte de esta universidad, y hoy día aceptar esta distinción que nos asegura seguirá siendo parte de ella.